



... Vió á su amante del brazo de un caballero...



VII

Un colono para Mettray.

Nunca había merecido el "chalet" de las Aulnettes un destino mejor que aquella mañana. Bajo aquel cielo de invierno, surcado por grandes nubes grises, que á todo escape corrían impulsadas por el viento; aislado y como empequeñecido entre los grandes árboles deshojados; herméticamente cerrado á la humedad del jardín y del camino, participaba del silencio lúgubre de la tierra, aún dormida, y del aire, aún desierto de aves que lo animaran. Sólo algún cuervo que otro, picoteando granos esparcidos en los vecinos campos, daba

con su vuelo, rasante al suelo, tendidas las negras alas, alguna vida al triste paisaje.

En el granero de la torreilla descolgaba Carlota racimos de uvas medio secas; el poeta trabajaba, y el doctor Hirsch dormía, cuando la llegada del cartero, única distracción de aquellos desterrados voluntarios, formó de este aburrimiento diseminado un solo grupo.

—¡ Ah! Una carta de Indret, dijo D'Argenton. Y se puso á leer los periódicos, poniendo á un lado la carta sin abrirla, como perro que defiende un hueso, al que no quiere que nadie toque. Carlota le arrojaba miradas febriles.

El, entre tanto, leía:

—¡ Ah! Fulano acaba de publicar su libro. ¡ Ese animal escribe! ¡ Hombre! Versos de Hugo... ¡ Siempre lo mismo!

¿ Por qué empleaba aquella cruel lentitud en desdoblar el periódico? Porque allí, detrás de él, estaba Carlota impaciente, sin poder disimular la intensa alegría que animaba su rostro y hacía afluir á él la sangre; porque cada vez que llegaba una carta de Indret, la madre se sobreponía á la amante, y aquel desdichado egoísta no podía soportar que otro sentimiento le disputara el dominio absoluto é indiviso de la que quería para él solo.

Por esto, y nada más que por esto, había enviado tan lejos al muchacho. Pero el corazón de las madres, aun de las madres como ésta, es de tan especial contextura, que cuando más lejos está el hijo de sus extrañas, más le quieren, como si pretendiesen cegar, en fuerza de cariño, el espacio que de ellos las separa y aproximarse á su corazón.

Desde que Jack se había ido, su madre, atormentada por el remordimiento, le adoraba con tanta ternura, como debilidad había puesto al abandonarle.

Huía de hablar para no irritar al poeta, pero le consagraba todo su pensamiento.

D'Argenton lo adivinaba, y de aquí que cada vez odiara más al muchacho.

Las primeras cartas de Roudic, en las que se quejaba de aquél, le arrancaron frases de desdeñosa satisfacción.

—¿ Ves cómo no sirve ni para trabajar?, decía.

Pero esta idea todavía no le dejaba contento. Hubiera dado cualquier cosa por humillar á Jack, rebajándolo más todavía. Decidióse al fin á abrir la carta, y á las primeras palabras que de ella leyó, palideció. á la par que se reflejó en su rostro una especie de satisfacción malvada.

—¡ Ya me lo figuraba yo!

Pero al leer en seguida, la intimación de devolver la suma robada, vió en perspectiva una serie de complicaciones desagradables, y alargó la carta á Carlota con ademán contristado.

¡ Qué terrible golpe, después de los ya recibidos! Herida en su orgullo de madre á los ojos del poeta y herida en su ternura, el mayor castigo de aquella pobre mujer eran las acusaciones de su propia conciencia.

Esta, con su voz aguda, que domina todos los sofismas y todas las reflexiones:

—¡ Tú tienes la culpa! ¡ Nadie más que tú! ¿ Por qué le abandonaste?

Ahora lo urgente era salvarle, costará lo que costara. ¿ Pero cómo? ¿ Dónde encontrar el dinero? No poseía un céntimo. La renta de su mobiliario, un hogar de ca-

sualidad, adornado con riquezas de pacotilla, había producido unos cuantos miles de francos, gastados en poco tiempo. El "Buen Amigo," había querido dejarle, al separarse, un regalo que le sirviese de recuerdo; pero se había negado tenazmente á recibirlo, por consideración á la dignidad de D'Argenton.

Por lo tanto, nada poseía ya, salvo algunas joyas, que no llegarían á la cuarta parte de la cantidad necesaria. En cuanto á su poeta, no había que pensar siquiera en él; le conocía demasiado. En primer lugar, odiaba al muchacho; en segundo, era avaro. De la raza auvernesa, conservaba rasgos mezquinos, aficiones de ahorro, un verdadero respeto de aldeano al dinero que tenía en depósito en casa de su apoderado. Además, no era rico: las Aulnettes costaban caro, le llevaban buena parte de su renta, y sólo por economizar pasaba en ellas el invierno, á pesar del aburrimiento de aquella soledad, esperando desquitarse de este modo de los derroches del verano y aquel ir y venir de convidados que mantenían en rededor de sus inquietudes literarias, un "medio intelectual" cuidadosamente cultivado.

¡Pensar en él! De ningún modo. Pero D'Argenton lo temió, y, por anticipado, adoptó cierto glacial continente, poniéndose en guardia como hombre que ve venir un sablazo.

Siempre he dicho que ese chico tiene los más perversos instintos, dijo cuando calculó que habría terminado de leer la carta.

Ella no contestó, y tal vez no oyó, absorbida por esta idea: "Es preciso que antes de tres días tenga yo ese dinero para que el niño no vaya á la cárcel." D'Argenton continuó diciendo:

—¡Qué vergüenza para mí haber recomendado á mis amigos á semejante bribón!... ¡Oh, pero me servirá de lección!... ¡En buena me he metido!

La madre sintió que toda la sangre le afluía al rostro.

—Es preciso que antes de tres días tenga yo ese dinero, para que el niño no vaya á la cárcel.

El espía sus movimientos y creía adivinarlos. Por prudencia, para evitar que le pidiera nada, se anticipó diciendo:

—¡Y pensar que no hay medio alguno de evitar semejante deshonra y de impedir que ese desdichado vaya á la cárcel!... No somos bastante ricos para eso.

—Si tú quisieras... dijo ella bajando la cabeza.

—¡Si yo quisiera! ¡Ya me esperaba yo esa frase! ¡Como si no supieras tú, mejor que nadie, lo que aquí se gasta, y en qué situación tan terrible me encuentro! ¡Como si no bastara haber tenido durante dos años á ese mal bicho! ¿Todavía voy á tener que pagar sus robos? ¡Seis mil francos! ¿Dónde quieres que vaya á encontrarlos?

—Ya sé que no los tienes, y por eso no había pensado en tí...

—¿No habías pensado en mí? Entonces... ¿en quién?

Y confusa, con la cabeza baja, nombró entonces al hombre con quien había vivido mucho tiempo, al "Buen Amigo" Aquel nombre lo pronunció temblando, esperando que el poeta lo acogiera con alguna explosión de celos ante aquel pasado, cuyo recuerdo evocaba tan imprudentemente. ¡Se equivocó! Al oír hablar del "Buen Amigo," contentóse D'Argenton con ponerse un poco colorado. También á él se le había ocurrido lo mismo.

Después de todo, el antiguo protector de Ida, formaba parte, lo mismo que el niño, del pasado de Carlota, de aquel misterioso pasado acerca del cual su propio orgullo le había obligado siempre á no interrogarla, fingiendo ignorarlo, como esas historias de Francia escritas durante la restauración, que suprimían la república y el reinado de Bonaparte, saltándolos como si no hubieran existido. Y pensó para sí: "Eso no es de mi tiempo. . . . ¡Allá ellos!" Con lo que se puso muy contento por haberse librado de semejantes escrúpulos á tan poca costa. Pero en vez de manifestar esa tranquilidad, adoptó la actitud de quien se siente herido.

—Demasiados sacrificios ha hecho mi orgullo en aras de mi amor. Puedo, por lo tanto, hacer uno más.

—¡Oh! Gracias, gracias. ¡Qué bueno eres!

Y pusieron á hablar de lo que iban á pedir prestado, pero en voz baja, porque en el pasillo se escuchaban ya los pasos del doctor Hirsch, arrastrando las zapatillas.

Fué aquella una singular conversación, cortada, silábica y superficial. El afectaba gran repugnancia; ella una concisión impuesta por la delicadeza. Hablaban impersonalmente, diciendo: No se "negará;" era buena prueba de ello ofertas que en otro tiempo había hecho y que habían sido rechazadas. Pero, por desgracia, "habitaba" en Turena, y como una carta tardaba dos días en llegar y otros dos días en volver. . . .

De pronto Carlota dijo, asustándose al propio tiempo de su audacia:

—¡Si fuera yo misma!

D'Argenton respondió tranquilamente:

—Tienes razón. Vamos.

—¿Qué? ¿Vas á acompañarme á Tours? Pues entonces vendrás á Indret, y llevaremos juntos el dinero en seguida que lo recibamos.

—También iré á Indret.

—¡Qué bueno eres! ¡Qué bueno eres!, repetía la pobre, besándole las manos loca de alegría.

La verdad es que le importaba muy poco que fuera á Tours sola y todo. Sin conocer detalladamente su historia, sabía que había vivido y que había sido feliz en aquella ciudad. ¡Y si no volvía!. . . . Era tan débil, tan inconsistente, que su antiguo amigo, el niño que nuevamente iba á encontrar, su pasado entero, iba á presentarse ante ella, invitándola á sacudir aquel yugo que él mismo consideraba pesado y duro en demasía.

La verdad es que no podía prescindir de ella. Su egoísmo vano, sus supersticiones de enfermo, le ataban á aquella ciega ternura, á aquellos continuos cuidados, á aquel buen humor expansivo. Además, agradábale la idea de emprender aquel viaje y sustraerse de aquel drama bucólico terrible, en el que hacía tiempo bostezaba estéril y prolongadamente.

Claro es que pensaba revestir sus temores y esta necesidad de distracción de caballeresco ropaje, diciendo á Carlota que no quería abandonarla, sino estar en todo á su lado, así en las alegrías como en las penas.

De este modo alcanzaba, por encima de los dolores de la madre, el reconocimiento de la amante. Por otra parte, la actividad que señala el período preparatorio de cualquier viaje, hacía olvidar á la frágil alma de la pobre Carlota, el golpe mortal que acababa de recibir.

Semejante á esas viudas de aldeanos franceses que,

apenas muerto el marido se consagran á disponer un banquete de funerales digno de ellos, olvidando, por sus deberes de dueña de casa, los de viuda llorosa y afligida, mientras hacía los baúles y daba órdenes á la Archambault, casi había llegado á olvidar el triste objeto de su viaje.

A la hora de la comida, dijo D'Argenton al doctor Hirsch:

—Tenemos que emprender un viaje. El chico ha hecho una de las suyas, y buena, por cierto. Vamos á Indret. Tú te encargas de la casa mientras estemos fuera.

Hirsch no se tomó la molestia de pedir más explicaciones. No le extrañó lo más mínimo que el chico hubiera hecho lo que se le atribuía, y probó lo bien que desempeñaba su misión de parásito, diciendo como D'Argenton:

—¡Me lo figuraba!

Partieron en el expreso de la noche, y llegaron á Tours por la mañana temprano. El "Antiguo Amigo" de la antigua Ida de Barancy vivía fuera de la ciudad, en una de esas hermosas quintas que dominan el Loira, tan bonitas, medio escondidas entre los árboles, y cuyos macizos de verdura bajan hasta el río, mientras sus torrecillas se erguían en el horizonte. El Sr. Conde, como en otro tiempo le llamaban los criados de Ida, era un viudo sin hijos, excelente persona y hombre de mundo. A pesar de la manera de abandonarle, que fué algo brusca, conservaba el mejor recuerdo de aquella mujer joven, alegre y locuaz, que en otro tiempo había alegrado su juventud. Sin dificultad ninguna, pues, se manifestó dispuesto á recibir á Carlota.

Alquilaron un coche en la fonda, y saliendo de la ciu-

dad, emprendieron juntos el camino, siguiendo una hermosa carretera. Esta tenacidad del poeta en seguirla, comenzaba á inquietar á Carlota.

—¿Querrá entrar conmigo?

A pesar de su ignorancia de las costumbres sociales, comprendía que esto no era posible. En esto pensaba, mientras al través de las ventanas del carruaje contemplaba aquellos hermosísimos campos en que había pasado algunos años de su vida vagabunda y paseado tantas veces con su Jack, tan pequeñito entonces, tan bonito, tan rubio y tan elegante, y ahora reducido á la categoría de simple artesano, y tal vez á punto de vestir el traje de presidiario.

Sentado á su lado, y observándola con el rabillo del ojo, D'Argenton la miraba mordiéndose rabiosamente el bigote. Estaba muy bonita aquella mañana, un poco pálida á causa de la emoción producida por la mala noticia, por la fatiga de una noche en ferrocarril y el disgusto de la visita que iba á hacer. Y esto, añadido á los colores negros que por coquetería dominaban siempre en su vestido y su tocado, daba á su belleza unos tonos de distinción que hacía tiempo parecían olvidados por la mujer de casa, á la par que enfermera de las Aulnettes.

El soberbio D'Argenton estaba como turbado, inquieto y á disgusto. No sentía esos celos de Otelo que enloquecen y matan, sino ese malestar enervante que entorpece y embrutece. Comenzaba á arrepentirse de haberla acompañado; se sentía estúpido, turbado por el extraño papel que estaba representando; sobre todo, se arrepentía de haberla dejado venir.

La vista del castillo acabó de desconcertarlo. Cuando

Carlota le dijo: "¡Ahí es!" cuando en medio de los árboles vió los bordados de una joya del Renacimiento, con la terraza, puentes, levadizos cayendo sobre el río, sombreado en estío, pero visible en aquella época del año, en que los paisajes helados se matizan de un poco de verde, se acusó á sí mismo de aturdimiento, de locura, de imprudencia. Evidentemente, cuando ella entrase allí, no volvería á salir.

D'Argenton no sabía aún hasta qué punto había arraigado en el corazón de aquella mujer, y que todos los tesoros del mundo no tendrían poder bastante para separarla de él.

—¿No irá á bajar?, se preguntaba Carlota cada vez más inquieta. En fin, al término de la alameda, hizo que parase el carruaje.

—Al final del camino te espero.

El añadió, con una sonrisilla humilde:

—No tardes mucho.

—No, hijo mío; no tengas cuidado.

Ya estaba el carruaje lejos, cerca de la verja, y aún la miraba él. Cinco minutos después, apoyada en un árbol y observando, vió á su querida cogida del brazo de un señor alto, delgado, elegante, esbelto todavía, aunque en su manera de andar se conocía que tenía cierta edad. Cuando la pareja desapareció, D'Argenton sintió la impresión de un vacío inmenso, y el movimiento de la falda de Carlota, que volvía el recodo de una alameda, le pareció irónico, irritante, como si de lejos hubiese sentido un bofetón en la cara.

Entonces comenzó para él una angustia terrible...
¿Qué se dirían allí?... ¿Volvería él á verla?... ¡Y

era el bribón de aquel chieuelo quien tenía la culpa de que él pasase por aquel tormento humillante!

Sentado sobre el desgastado escalón de una puertecilla que cerraba por uno de los extremos el magnífico parque donde Carlota acababa de desaparecer, el poeta esperaba febrilmente, volviéndose á cada momento hacia la verja y mirando allí, á la entrada, el coche parado y el cochero inmóvil, envuelto en su largo carrik. En torno suyo se desarrollaba un paisaje admirable, capaz de calmar la más dolorosa agitación; plantíos de vides ricas y regulares; colinas llenas de árboles; campos cubiertos de verdor y cruzados por riachuelos; aquí y allá una ruina del tiempo de Luis XI, y alguno que otro de aquellos bonitos castillos, numerosos á orillas del Loira, en el frontispicio de los cuales la salamandra se retuerce entre DD entrelazadas.

Con esa ociosidad de quien está solo y esperando, pero al cual cualquier cosa es buena para fijar el pensamiento errante, D'Argenton miraba hacia un momento un grupo de trabajadores, ocupados en abrir, en el vallecillo que se desarrollaba á sus piés, una especie de canal para que corriesen las aguas. Al avanzar unos cuantos pasos, para ver más de cerca, observó que aquellas gentes, uniformadas con blusas azules, pantalones á rayas, á los cuales desde lejos había confundido con campesinos eran niños, regimentados bajo las órdenes de un vigilante, medio campesino, medio caballero, que los dirigía y trazaba los límites del canal.

El silencio de aquel trabajo al aire libre, ejecutado por obreros tan jóvenes, llamaba la atención. Ni una palabra, ni un grito, ni siquiera la excitación del ser en movimiento que siente y ejerce su fuerza.

—¡Más derecho!... ¡No tan de prisa!... decía el vigilante; y las herramientas chocaban, los rostros sudorosos se inclinaban hacia el suelo; y, de cuando en cuando, al levantarse para tomar aliento, veíanse frentes estrechas, cráneos puntiagudos, cabezas que llevaban todas las señales de atrofia ó de desorden.

Seguramente aquellos chicos no habían sido educados en la libertad del aire libre: la palidez de la mayor parte de ellos, sus ojos enrojecidos y poco abiertos, delataban miserias de la vida, ahogos de los barrios pobres y de las casas mal sanas.

—¿Qué chicos son esos?, preguntó el poeta.

—¡Ah! El señor no es de aquí, seguramente.... Son colonos de Mettray.... La colonia está allí.

Y el vigilante señalaba á D'Argenton un grupo de casas blancas, regulares y nuevas, situadas en la colina vecina.

El poeta conocía de nombre el célebre establecimiento penitenciario, pero desconocía el reglamento y las condiciones de admisión. Hizo preguntas á aquel hombre, diciendo que estaba íntimamente unido con una familia á la cual acababa de sumir en la mayor aflicción el único hijo que tenía.

—Enviádnoslo en cuanto salga de la cárcel.

—Es que—contestó D'Argenton con cierto sentimiento—es que creo que no irá á la cárcel. Sus padres han podido evitarlo, devolviendo el dinero....

—En ese caso, no podremos admitirlo. No recibimos más que los muchachos que han estado presos. Pero tenemos un establecimiento anexo, la "Casa paterna," que es una aplicación del régimen celular á la juventud.

—¡Ah! ¡De veras!... ¿El régimen celular?

—Y que puede con los caracteres más indómitos... Además, aquí tengo algunos reglamentos. Si el señor quisiera enterarse de ellos....

D'Argenton aceptó, dió algún dinero para los muchachos presos, y volvió á subir el camino cargado de folletos. La verja del castillo acababa de cerrarse. El carruaje bajaba por la alameda.

¡Por fin!....

Carlota, satisfecha, feliz, con los ojos brillantes, tenía prisa por reunirse con su poeta.

—Sube pronto, le dijo.

Se cogió de su brazo, y temblorosa de alegría, añadió:

—He triunfado.

—¡Ah!, contestó él.

—Y más de lo que yo esperaba.

El repitió su ¡ah! muy secamente, con mucha indiferencia, y se puso á hojear los folletos aparentando el mayor interés, como para demostrarle que todo lo demás le tenía sin cuidado. No estaba tan satisfecho un poco antes, cuando se mordía las uñas mirando á la verja; pero ahora se acercaba ella tanto á él, sumisa y obediente, que ya no valía la pena de atormentarse. Al ver su silencio, Carlota calló también, creyéndole ofendido en sus celos; así es que él se vió obligado á replicar:

—¿De modo que has triunfado?

—Por completo, hijo mío.... Siempre "se tuvo" la intención de hacer un regalo á Jack cuando llegase á ser mayor de edad, para comprarle un nombre y que se pudiera establecer. Ese regalo era de diez mil francos. Me los han dado en seguida. Habrá que devolver seis

mil francos; quedan cuatro mil, que me han dicho que emplee yo como quiera en el chico.

—Pues la manera de emplearlos está encontrada... Es preciso pagarle con eso una celda en la "Casa paterna" de Mettray, durante dos ó tres años. Allí solamente será donde tal vez podamos hacer del ladrón un hombre honrado.

Ella se estremeció al oír aquella palabra de "ladrón," que le recordaba la realidad. Ya sabemos que en aquel pobrecillo cerebro, las impresiones fugitivas, sin cesar renacientes, borraban en un segundo hasta la huella de una idea.

Carlota bajó la cabeza.

—Estoy pronta á hacer cuanto tú quieras, dijo. ¡Eres tan bueno, tan generoso! ¡No lo olvidaré jamás!

Bajo el espeso bigote, la boca del poeta tuvo un estremecimiento de placer y de orgullo. Era más amo que nunca. Lo aprovechó para hacer un largo discurso. Ella tenía mucha parte de culpa. Su debilidad de madre no era extraña á lo que sucedía. Un niño, mimado como el suyo, siempre entregado á sus malos instintos, no podía menos de hacerse malo. Era preciso un hombre enérgico para guiar aquel caballo resabiado. Se lo encargaran á él solo, y pronto lograría ponerlo al paso.

D'Argenton repitió dos ó tres veces seguidas:

—Lo arreglaré ó lo mataré.

Ella no contestaba. La dicha de pensar que su hijo no iría á la cárcel, lo dominaba todo. En seguida decidieron que saldrían aquella misma noche para Indret. Sino que para ahorrarle á ella una humillación tan grande, convinieron en que se quedaría en la Baja Indre.

D'Argenton iría solo para llevar el dinero y para buscar al culpable, á quien conducirían inmediatamente á la colonia. Decía ya "la colonia" á secas; y, por anticipado, veía á Jack con su uniforme de tela azul, confundido con aquellos infelices jóvenes presos, víctimas en su mayoría de los vicios ó de los crímenes de sus padres, quienes sentaban plazas de reclutas desde chicos en el gran regimiento de los reprobados.

Era domingo el día que se bajaron del tren en la gran estación fabril de la Baja Indre, y tomaron la mejor habitación de una hospedería que daba al camino, porque el pueblo estaba enteramente desprovisto de toda fonda.

Mientras el poeta iba á cumplir su misión de justiciero, Carlota se quedó sola, esperando en aquella habitación sórdida, hasta donde llegaban gritos, risas, un gran alboroto de borrachos, canciones sonolientas y tristes, salmos, en ese tono lastimero que caracteriza todas las melodías bretonas melancólicas como el mar ó como las salvajes llanuras de las Landas. Cantos de marineros se mezclaban á aquellos más vivos, más desvergonzados, pero tristes también. De aquel vulgarísimo tumulto de taberna, de la monotonía de una menuda lluvia, que se estrellaba incesantemente contra los vidrios de la ventana, destacábase para aquella mujer una impresión singular del destino á que habían condenado á su hijo. Por culpable que fuese Jack, era, al fin y al cabo, su hijo; y sentirse tan cerca de él, traía á su memoria los años felices que en otros tiempos habían pasado juntos.

¿Por qué lo había abandonado?

Lo recordaba niño, encantador y delicioso, lleno de inteligencia y de ternura; y al pensar que vería entrar á

un obrero ladrón y que aquél sería su hijo, el remordimiento vago que la atormentaba hacía dos años, tomaba cuerpo y se levantaba ante ella. ¡Aquellas eran las consecuencias de su debilidad! Si Jack hubiera seguido á su lado, en vez de haber sido entregado á la depravación de las fábricas; si lo hubiese puesto en un colegio con niños de su edad, ¿se habría convertido en un ladrón? ¡Ah! La predicción de aquel dichoso médico se había realizado. Lo iba á encontrar pervertido, humillado.

La trivialidad de aquel domingo de obreros, cuyo olor y cuyo ruido le rodeaban, aumentaban sus remordimientos.

¡Allí vivía su Jack hacía dos años!... Todas las repugnancias de igual carácter superficial, incapaz de sentir la grandeza de una misión cualquiera, de una vida comprada con el trabajo manual, se sublevaban ante aquella idea. Para tratar de distraerse de aquellos tristes pensamientos, cogió el prospecto de la colonia, que se hallaba abierto delante de ella. Allí encontró palabras que le hicieron estremecerse: "Casa paterna. Colegio de represión. El régimen adoptado es el de aislamiento absoluto. A los muchachos se les instala en celdas y no se ven jamás unos á otros, ni siquiera en la capilla." Con el corazón metido en un puño cerró el libro y se puso á la ventana, á esperar el regreso del poeta, la llegada del niño, con los ojos fijos en un rinconcillo del Loira, el cual entreveía allá á lo lejos, al final de la callejuela, agitado como un mar y salpicado por el agua que caía del cielo.

Entretanto, D'Argenton iba á cumplir su misión, y por cierto muy contento de cumplirla. No se hubiera

cambiado por un hombre rico en aquel momento. El, que se moría por darse aires de importancia, podía dárselos magníficos. Ya anticipadamente preparaba el discurso que dirigiría al eriminal, los perdones que le haría pedir en el despacho del director. Por de pronto, todas aquellas actitudes premeditadas se resumían en una manera de colocar la cabeza majestuosamente, en adoptar un aire de gravedad, al que ayudaba el traje obscuro, los guantes negros, mientras subía con el paraguas abierto, por la calle mayor de Indret, desierta á aquella hora, á causa del mal tiempo y de las vísperas.

Una vieja le enseñó la casa de los Roudic. Pasó por delante de la fábrica, silenciosa, de descanso, y refrescando con deleite sus techos ahumados y ennegrecidos. Pero al llegar á la casa que acababan de designarle, se detuvo, vacilante de haberse equivocado. De todas las casas alineadas en aquella calle-cuartel, aquella era la más alegre, la más animada. De las ventanas abiertas de los entresuelos, se escapaba un alegre ruido de bretonas, pasos de gente de pueblo que golpeaban pesadamente el pavimento. Bailaban "al són de las bocas," como dicen en Bretaña, y se danzaba con esos ánimos que la voz da al ritmo y á la medida.

—"Es imposible... ¡No es aquí!..." se decía D'Argenton, que iba creyendo encontrar una casa desolada, en la cual entraría como entra un redentor.

De pronto se oyó gritar:

—¡Vamos, Zenaida, el "Plato de Estaño!"...

Y muchas voces repitieron ruidosamente:

—¡Sí, sí, Zenaida, el "Plato de Estaño!".....

¡Zenaida!, aquel era el nombre de la hija de Roudic.

Lo que es aquellas gentes, tomaban filosóficamente su